Apología—selecciones 58, 61-62 —Robert Barclay 1678
El Espíritu de Dios es la fuente

El Espíritu de Dios es la fuente de toda Verdad y sana razón; por lo tanto el Espíritu no puede contradecir ni el testimonio de las Escrituras ni la recta razón. La proposición[1] concluye: "sin embargo, no se debe concluir que estas revelaciones divinas han de ser sujetadas a pruebas basadas ni en el testimonio externo de las Escrituras, ni en la razón natural del hombre, como si estas fuesen reglas o plomadas[2] más nobles o más ciertas. Porque esta revelación divina e iluminación interna es lo evidente y claro en sí mismo; y por su propia claridad y evidencia, irresistiblemente obliga al intelecto bien dispuesto a que la acepte. De la misma manera los principios comunes de las verdades naturales mueven e inclinan la mente a un asentimiento natural."

La persona que niega esta parte de la proposición tiene que afirmar una de dos cosas: [a] que el Espíritu de Dios no puede manifestarse al ser humano, y nunca se ha manifestado, aparte de las Escrituras o de una explicación específica y lógica; o [b] que la eficacia de este principio sobrenatural, obrando en el alma humana, es menos evidente que los principios naturales en su función común. Las dos son falsas.

* * *

Me dirijo ahora a un posible lector que se sienta movido, por la fuerza de mis argumentos derivados de las Escrituras, a asentir y creer que estas revelaciones son necesarias, y sin embargo no las conoce en su propia experiencia (ignorancia que causa que esta idea sea tan negada y contradicha). Quiero que tal lector sepa que la causa de no sentirlas no es que estas revelaciones hayan dejado de ser el privilegio de cada cristiano verdadero, sino que tal persona es cristiana sólo en nombre y no por naturaleza. Quiero que sepa que la Luz secreta que resplandece en el corazón y reprende la falta de rectitud es el pequeño retoño de la revelación del Espíritu de Dios que fue enviado al mundo para convencerlo de pecado (Juan 16:8). Si tú, al abandonar la iniquidad, llegas a conocer esa voz celestial en tu corazón, sentirás que cuando te hayas despojado del hombre viejo,[3] del hombre natural que no puede saborear las cosas del reino de Dios por todas

[1] Barclay se refiere a la segunda tesis entre las quince de su *Apolgía.* Los fragmentos aquí traducidos forman parte de su largo argumento sobre esta tesis.
[2] del latín *plomada*, en inglés "piedra de toque"
[3] Véase Colosenses 3:8-10

sus malas y corruptas emociones y codicias — entonces sentirás resucitado el hombre nuevo, el parto espiritual, y el recién nacido que tiene sentidos espirituales y puede ver, sentir, tocar, gustar, y oler las cosas del Espíritu. Pero hasta que esto pase, el conocimiento de las cosas espirituales no es más que una fe histórica. Una persona ciega, por muy inteligente que sea, no puede entender la luz del sol ni los varios colores descritos detallada y vivamente, como lo pueden entender un niño que los ve. De la misma manera, el hombre natural, por muy inteligente que sea, tampoco puede entender los misterios del reino de Dios por medio de las mejores palabras, incluso las palabras de las Escrituras, como los puede entender el niño más pequeño y más débil que los ha gustado al recibirlos revelados interiormente por el Espíritu.

Entonces espera esto en la pequeña revelación de esa Luz pura, que al principio revela las cosas más conocidas, y mientras llegas a ser más capacitado, recibirás más y más, y por experiencia vivida refutarás fácilmente la ignorancia de aquellos que preguntan ¿Cómo sabes que es el Espíritu de Dios que obra en tí? Tal pregunta te parecerá tan ridícula como preguntar a alguien que tiene los ojos abiertos cómo sabe que el sol alumbra al mediodía.

Fuente: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity,* prop. II, sec. XV & XVI, (Glenside, PA: Quaker Heritage Press, 2002), pp. 58, 61-62; y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia,* facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676), pp. 31-32, 34-35.